
TRES ILUSTRADORES CORDOBESES

ANTONIO OJEDA CARMONA
ACADÉMICO NUMERARIO

Si revisamos distintos períodos de la historia de la pintura cordobesa surgen inmediatamente, en primer plano, los nombres señeros de los protagonistas de cada momento: Pedro de Córdoba, Bartolomé Bermejo, Alejo Romero de Torres, ... En un segundo examen, encontraremos los de otros pintores también importantes pero menos destacados y los de sus discípulos o seguidores: Alonso Aguilar, Pedro Fernández Grijalvo, Acisclo de Leal Gaete, Juan Antonio Escalante, Juan de Peñalosa, José Luis Zambrano, Juan de Alfaro, etc. Así podemos seguir hallando nuevos nombres valiosos hasta nuestros días, y empeñados en esa búsqueda, podemos continuar también con la labor de agruparlos por épocas, estilos y estudiar sus respectivas técnicas. A este respecto, me interesa detenerme por el momento en un peculiar procedimiento de un grupo interesante de ellos, el de los ilustradores.

Córdoba ha sido y es cuna de grandes dibujantes, no sólo desde el punto de vista de constituir con este arte el armazón de sus pinturas, sino considerando esta técnica como valor creativo independiente, tal como desde el Renacimiento se viene entendiendo. Dibujos que, además, se han visto enriquecidos con el desarrollo de elementos mecánicos, desde la invención de la imprenta, que facilitan su difusión, como es el caso que pasamos a tratar de tres prestigiosos ilustradores cordobeses: Angel Díaz Huertas, Adolfo Lozano Sidro y Tomas Muñoz Lucena.

ÁNGEL DÍAZ HUERTAS

La revista *Blanco y Negro* tuvo capital importancia en la promoción de artistas cordobeses, sus páginas acogieron y divulgaron por toda España la labor de ellos, contribuyendo así a que fuesen conocidas sus ilustraciones; una particular disposición para el dibujo en este grupo de pintores formado por Díaz Huertas, Lozano Sidro y Muñoz Lucena. Bien puede decirse que dicha revista se convirtió en escuela en la que pudieron desarrollar su dominio del lápiz, así como sus conocimientos del color afín a la litografía. A su colaboración dedicaron especial empeño, principalmente Huertas y Lozano Sidro; la de Muñoz Lucena lo hizo de forma más espa-

ciada en el tiempo: ya la salida del primer número de la revista sirvió de preliminar a la participación sucesiva de estos artistas, su portada reprodujo una dedicada a la obra de Angel Díaz Huertas. La aparición en la calle de *Blanco y Negro* en 1891, resultó un acontecimiento cultural, aquel dibujo de Huertas resumía el vuelo de la imaginación en forma de dos mariposas que tiraban de elegante coche guiado por una delicada dama. A partir de ese momento, nuestro pintor quedó ligado por toda su vida a la existencia de la revista.

Angel Díaz Huertas, había nacido en Córdoba en 1866 e hizo sus estudios en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando en Madrid, sus primeros trabajos se publicaron en las revistas literarias y artísticas más importantes de la capital, como *La Esfera*, *La Ilustración*, etc. además de la que ya hemos citado, en la que, como pocas veces se ha dado, coincidieron al mismo tiempo, tres cordobeses. Grandes artistas a los que la Editorial Luca de Tena, sirvió a su modo de mecenas, papel que no puede negar, pues a pesar de que *Blanco y Negro* tuvo un paréntesis en su publicación a causa de la guerra civil, *ABC* tomó su relevo con unos extraordinarios dominicales que siguieron arrojando a estos pintores y otros nuevos en sus páginas de color. Lástima que los nuevos gestores de la Editorial, o quizás los nuevos tiempos y nuevos sistemas de comunicación, hayan relegado esas ventanas iluminadas que sirvieron de primicia para tantos artistas.

Sin duda esa labor de ilustrador dio a conocer rápidamente a Huertas, le sacó del anonimato y puso en juego su facilidad de expresión y su riqueza creativa. Pero había en él una fuerza interior que le impulsó a realizar otras obras mayores, no más importantes, y su ya conseguida fama la arriesgó presentándose a la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1899, con su cuadro *Revoltosos* que obtiene una tercera medalla. En 1901, volvió a concurrir a la Nacional con otra obra *En la sala de expósitos*, que fue premiada con otra tercera medalla. Con estos galardones vio confirmada su ambición de impregnar los pinceles en óleo, sin perjuicio de seguir mojándolos en agua para continuar sus colaboraciones. Para apreciar la importante calidad pictórica de la obra de Huertas, es más que suficiente contemplar los grandes paneles que hizo para el Círculo de la Amistad de Córdoba con el tema de los cinco sentidos, encontrarse ante ellos es llenar nuestros ojos de luz y color, son admirables y sentidas composiciones dibujadas con sabios trazos y envueltas con esplendorosas tonalidades dejadas con amplias y largas pinceladas, es un conjunto de obras que valoran la sensibilidad de un artista de exquisito lirismo.

Huertas no abandonó sus trabajos para *Blanco y Negro*, sólo los interrumpió cuando llegó la guerra civil que lo separó de la revista, pues aunque había abandonado Madrid para irse a Utrera, continuaba enviando su colaboración. Sus temas preferidos, tanto para los dibujos como para sus cuadros, no abandonaron el estilo costumbrista, fueron los patios, las ferias, el circo (el Museo de Bellas Artes de Córdoba guarda una bella acuarela circense) y también los toros. Durante varias temporadas residió también en Dos Hermanas, después vino de nuevo a Córdoba en calidad de Profesor de la Escuela de Artes y Oficios, hasta 1937, que su corazón de hombre sentimental de carácter retraído le avisó de su delicado estado de salud y le hizo volverse a Dos Hermanas, adonde falleció el 9 de marzo de 1937.

ADOLFO LOZANO SIDRO

Hay artistas que pasan silenciosamente sin elogios exagerados, por el complicado panorama de las artes plásticas, un mundo que con frecuencia olvida la sencillez con calidad y antepone la ostentación sin ella: Adolfo Lozano Sidro fue uno de aquellos artistas. Un pintor de gran calidad, que todavía no ha sido valorado suficientemente; esta omisión es un mal general que afecta a muchos pintores de su generación, salvo pocas excepciones. Nació el año 1872 en Priego de Córdoba.

Su prematura popularidad obtenida por el premio que le otorgó la revista *Blanco y Negro*, más la reiterada publicación de sus ilustraciones en ella, es muy posible que motivara que se le encasillase en ese medio, lo que ha desvirtuado la apreciación que reclama su faceta de retratista y pintor de costumbres. Sin embargo, el verdadero sentido de sus dibujos publicados va más allá de la mera ilustración de un texto, observados con desapasionada intención, veremos que sus obras gráficas fueron auténticos cuadros, independientes de los relatos que acompañaban.

Lozano Sidro fue un cronista social de su tiempo, un informador sutil que empleó su arte para reflejar con peculiar estilo el ambiente que le tocó vivir, con intención satírica unas veces, humana y sensible otras, pero muy intuitivo. Cuando pintaba los mercados, las ferias, los campesinos, los parados, las escenas pueblerinas, lo hacía con deleitación, captando los más mínimos detalles costumbristas, con una naturalidad admirable, hasta con fino humorismo, siempre con fidelidad realista: *Velonero de Lucena*, *La niñera* o *En la reja*. Si en sus cuadros aparecen niños o jóvenes, son tratados amorosamente, con cierta dulzura en la ejecución de las figuras, resultando sorprendentemente humano. Sin embargo, cuando afronta el relato de la buena sociedad, su sentimiento cambia radicalmente, no su estilo ni su pintura, sino el tratamiento del tema, como si le repudiaran los casinos, las fiestas y bailes sociales, las reuniones ostentosas, el boato, ... Es curioso que un hombre de la alta sociedad de Priego, era hijo de un Magistrado, adoptara esa actitud, parece adivinarse en ella no una renuncia de su clase, ni un resentimiento, más bien como si su carácter de persona con sentimientos y distinguida, rechazara la vacuidad y todo aquello cursi y petulante no acorde con su exquisita sensibilidad. Entonces, su lápiz se hace incisivo y retrata con acidez el espectáculo, se vuelve irónico y su pintura se hace denuncia de la parte que más le desagrada de ese mundo que no encuentra de acuerdo con sus principios. Su visión de esas escenas es perspicaz, sin llegar a la aspereza pero dura con los personajes, a los que sitúa al borde la caricatura, pero sin caer en ella, parece como si se riera complaciente del ridículo de sus marionetas, colocándolas en la picota y a la par sintiendo conmisericordia de ellas. Es la parte más crítica de su obra: *El té de las cinco*, *En las Galerías de Palacio*, *Baile de disfraces*, etc.

Pero esta sugestiva fase de Lozano Sidro, no debe hacernos relegar al gran dibujante, su concepto de la línea y las matizaciones o sus trazos en los apuntes del natural, es encomiástica. De ahí parte la valía de sus retratos, del apoyo del dibujo, al que une un sabio colorido con el que contribuye a captar la peculiar expresión de sus personajes. No recibió en vano las lecciones de sus maestros Moreno Carbone-

ro y Sorolla, aunque más conocido por sus "gouaches", no le andan a la zaga sus extraordinarios óleos que le proporcionaron algunos premios como la Mención de Honor en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897 o una Tercera Medalla en la de 1910 por su cuadro *El Caballero andante* y la Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Panamá en 1916. En su pintura hay un estilo propio, del que destaca la composición de masas, como en su obra *Mercado de Priego*, clasificando con buena técnica y sabiduría los distintos planos que la integran.

Un estudio detenido de cada una de sus obras nos proporcionaría una amplia visión de la sociedad española de finales del siglo diecinueve y principios del veinte, porque Adolfo Lozano Sidro, que murió el año 1935, nos dejó con su legado de pintura un trozo de nuestra historia.

TOMÁS MUÑOZ LUCENA

La crónica de final del siglo XIX registra en 1860 el nacimiento en Córdoba del que llegaría a ser un gran pintor: Tomás Muñoz Lucena, cuya vida artística alcanzó la primera mitad del siglo siguiente y le permitió estar integrado en ese grupo de alumnos que se formaron en la Escuela Provincial de Bellas Artes de la ciudad que le vio nacer, que fueron discípulos del gran maestro Rafael Romero Barros. Mateo Inurria Lainosa, Rafael García Guijo, Rafael Díaz Fernández, Rafael, Enrique y Julio Romero de Torres y Tomás Muñoz Lucena, componían entonces aquel plantel de alumnos que andando el tiempo, la mayoría de ellos, constituirían una escuela cordobesa junto a sus paisanos Angel Díaz Huertas, Adolfo Lozano Sidro, José M^a. Labrador Arjona y José Ramón Garnelo Alda, éste cordobés de adopción, escuela que hacia tiempo no se conocía, creo que no es aventurado afirmar que desde el siglo XVII, aquella que Mayer en su libro *La pintura española* denominó PEQUEÑA ESCUELA CORDOBESA.

De ser discípulo de Romero Barros en Córdoba, pasó a serlo de Madrazo en Madrid, de ambos recibió la influencia de un pos-romanticismo, que fue evolucionando hacia un naturalismo modernista, durante su posterior estancia en Roma, pensionado por la Diputación Provincial de Córdoba para ampliar estudios, al que siguió con un claro acercamiento al impresionismo, como puede apreciarse en una de sus mejores obras *Las gallinas*, que guarda el Museo de Bellas Artes de Córdoba. Cuadro desbordante de luz y color, de pincelada fácil y ajustada que deja su impronta en jugosas masas de óleo distribuidas y modeladas sabiamente; precioso cuadro que sugiere al espectador por su armoniosa composición.

El camino que va marcando el proceso de la pintura de Muñoz Lucena podemos irlo siguiendo con sólo recordar sus participaciones en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes a partir de 1881, que concurre por primera vez. En 1884 presentó un cuadro de ambiente romántico basado en la obra de Shakespeare, que titulaba *Ofelia*, bella estampa en la que quedaba demostrado su excelente dibujo y el desenvuelto tratado de los paños. Asume también la corriente imperante de los cuadros de historia, en la exposición de 1887, con *El cadáver de Álvarez de Castro*, pintura que es galardonada con una segunda medalla del certamen. En 1890

presenta *Las lavanderas* de aire costumbrista, a la que se le otorga otra segunda medalla, sigue por esta senda en sus siguientes envíos a la Nacional en 1891 y 1892, a este último año lleva el cuadro *Las gallinas* ya comentado, que representa su cambio más llamativo. Continúa tomando parte en las siguientes exposiciones nacionales de 1895 con *Castigo*, *Canto religioso*, *La falda de Sierra Morena* y otros. En 1897 envía *Qué bonita*, *La más dulce*, *Las granadas*, etc.. En 1899, *Dad de beber al sediento*, *Un mercado en Ávila* y *Una fuente*. Y en 1901 contribuye con una importante obra *Plegaria en las Ermitas de Córdoba*, que sólo tuvo consideración de primera medalla, cuadro de grandes dimensiones de relato costumbrista, pero el criterio de los Jurados ya había cambiado sensiblemente, la moda de valorar las obras por metros cuadrados estaba finiquitada, igual que había concluido el aprecio por los temas históricos. En esa exposición otro cordobés, Ángel Díaz Huertas, recibió una tercera medalla por su cuadro *En la sala de Expósitos*, de la tendencia social que iba ganado adeptos en el panorama artístico. También alcanzaron ese galardón Enrique Romero de Torres y Rafael García Guijo. Culmina esta serie de participaciones de Muñoz Lucena en certámenes de Bellas Artes con su envío a la Exposición Universal de París. De 1900, de dos cuadros: *Pastora de pavos* e *Idilio*, en la que se le concede una medalla de bronce. La desilusión por el empeño que había puesto en su gran cuadro *Plegaria en las Ermitas de Córdoba*, le hace abandonar el escaparate de las exposiciones nacionales y dedicarse con más interés a los pinceles sin las miras puestas en los concursos.

La biografía de Muñoz Lucena, recoge también una importante labor docente: en 1888 fue nombrado Catedrático de Dibujo de la Escuela de Córdoba, dos años después, se encuentra impartiendo clases en Granada y en 1924 es destinado a Sevilla hasta su jubilación en 1930. Otra faceta a destacar es su colaboración como ilustrador de la revista *Blanco y Negro*, amen de ser un excelente retratista, que recibió encargos de destacadas personalidades. Tuvo una intensa labor pictórica durante toda su vida que dejó huella en muchas colecciones particulares. Murió en Madrid el año 1943.